

Opinión: El profesor universitario, según Benedicto XVI. Comentario a su discurso a los docentes universitarios (1ª parte)

Ma. Pilar Cousido González¹

El mensaje de Su Santidad al profesorado universitario de todo el mundo es una reflexión abierta y sugerente sobre el significado y la trascendencia de la Universidad, del profesor universitario y del método académico, ayer, hoy y mañana.

Ser y deber ser de la universidad

Benedicto XVI ha partido de la consideración, invariable en el tiempo y en el espacio, de la Academia como un lugar para el estudio y la reflexión multidisciplinar. Se ha permitido echar mano de clásicos como Platón o Parménides para reivindicar la validez de conclusiones extraídas a lo largo de la fecunda y secular historia de la humanidad. Precisamente, la rapidez que la revolución tecnológica imprime a la vida del hombre actual, por un lado, disminuye o excluye el tiempo sosegado de la reflexión, de la lectura y del estudio, hasta el punto de convertirlo en indeseable en el ámbito del pensamiento por excelencia, la Universidad. Por otro lado, a menudo, estos cambios tecnológicos, de naturaleza, inicialmente, procedimental, instrumental, generan la impresión de estar ligados a un hombre nuevo que reniega de los conocimientos del pasado. Sin embargo, en sí misma, la Universidad ha sido presentada por el Papa como el lugar destinado a la difusión de saberes aquilatados a lo largo del tiempo por estudiosos de todas las épocas y lugares, en diálogo racional permanente, a la búsqueda constante de la verdad. En su caracterización de lo que debe ser el ámbito universitario, no ha dudado en distinguir entre el deber ser y el ser de la Institución. Así, ha tenido la delicadeza de atribuir a ámbitos extrauniversitarios la pretensión de transformar nuestras universidades en centros de formación profesional exclusivamente técnica y ajustada a las necesidades laborales del momento, conforme a un planteamiento filosófico utilitarista de cuyas consecuencias ha hablado también elegantemente y, sin duda, por experiencia, al mencionar, junto al riesgo de los abusos científicos, el de los totalitarismos políticos, no éticos, orientados por, para y desde el mero afán de poder. A la corriente utilitarista y, a su consecuencia, el totalitarismo, ha achacado dos acusaciones que, pese a haber sido formuladas de una forma políticamente correcta, no dejan de ser nítidas: la reducción de la persona a mero consumidor, la primera, y la incapacidad de mantener un diálogo racional, al segundo. Sin apuntar con el dedo a nadie ni a nada, es imposible ignorar que la realidad socioeconómica, política y moral que vivimos está hondamente afectada por la ideologías indeseables y que manifestaciones injustas del totalitarismo se han sucedido y siguen sucediéndose, en nuestros entornos más próximos,

¹ Ma. Pilar Cousido es profesora titular de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), directora del Grupo de Investigación UCM/Banco Santander "Transparencia, Buena Gobernanza y Comunicación", y editora de la revista digital Derecom.

sin que los docentes universitarios católicos, en general, tengamos el valor de lanzar el guante académico del debate científico y ético que coloca a la verdad, y no al interés económico o político, en el centro de todo diálogo académico.

El maestro auténtico

A partir de la inicial proclama de que el profesor universitario debe colaborar en la difusión de la verdad, Su Santidad identifica con toda claridad cuál ha de ser la misión de este profesor. Precisamente, para empezar, buscar la verdad junto con sus colegas docentes y con sus alumnos, discentes, tanto en la disciplina propia, como en las ajenas. Este planteamiento humanista de lo académico, de lo universitario, ¡qué lejos parece quedar tras el proceso reduccionista impuesto, de hecho, por las universidades anglosajonas y asumido por el resto! La idea de esa comunidad de profesores y alumnos, estudiando codo con codo, remueve años de actividad en cualquier profesor de la universidad contemporánea. ¿Cuándo ha sido la última vez en que respetuosa, considerada y afectuosamente, como propone el Papa, cada uno de nosotros ha dado lo mejor de sí mismo para que un alumno, al menos, quiera ir más allá de lo que se le explica y profundice en la búsqueda de la verdad última de la disciplina que enseñamos? Benedicto XVI propone un docente que investiga y difunde la verdad y que vive el bien, pues es una vida buena, bondadosa, la que da crédito a la fe a ojos de la inteligencia; en definitiva, que es coherente, lo que en sí mismo resulta enormemente persuasivo. En ese profesor coherente vital y académicamente, el Papa busca la humildad, la formación y la buena disposición para responder a las cuestiones últimas del alumnado. En estas condiciones, transmitir a los alumnos, de manera sencilla y eficaz, en palabras del propio Papa, que es posible participar en la creación y dar pasos hacia la verdad se convierte en una aspiración viable, digna, honrosa y responsable. Cuando Benedicto XVI quiere subrayar de qué debe huir el docente universitario, no duda en mencionar la vanidad y el reduccionismo de su actividad a la mera transmisión de contenidos, que pueden estar convirtiendo al docente en cooperador necesario del utilitarismo y del totalitarismo.

El método docente, a examen

Por lo anterior, Benedicto XVI ha rechazado la enseñanza universitaria limitada a impartir conocimientos serviles, en el sentido de puestos al servicio de las necesidades laborales del momento, y ha pedido a los profesores que su docencia tenga como norte la verdad, sin despreciar los conocimientos, sedimentados por el tiempo, de quienes nos han precedido en la labor de la docencia y de la investigación. Igualmente, el Papa ha pedido pasión, ilusión, determinación, inteligencia y amor al abordar la enseñanza universitaria. Y ha recordado a todos que la fundamentación de la fe cristiana –Cristo, como Logos de lo creado; el ser humano, creado a imagen de Dios- imprime racionalidad a la creación y que la profundización en esta racionalidad nos acerca a la Verdad, a la que podemos aproximarnos modesta y asintóticamente.